

MONOLOGOS DE ESPAÑOLITOS



SE avecina una nueva plaga. Por el horizonte asoma impaciente dispuesta a caer sobre los inocentes ciudadanos la langosta de las memorias de la guerra y de la post-guerra. Los editores se frotan las manos y los autores las meninges. Dentro de poco viviremos una edad de oro en la que millones de melancólicos pertenecientes a generaciones perdidas nos contarán las miserias y sufrimientos de su infancia entre ruinas, hambres y miedos. El negocio se adivina redondo. Todos los que ahora tenemos cincuenta años hemos sido bombardeados, analfabetizados, nutridos con cáscaras de cacahuet y de naranja y educados en la adoración a las pompas de jabón. Todos tenemos metido en el cuerpo la frustración y la amargura y la necesidad de contar algún día todo lo que pasamos buscando algo que comer en



NO ME CUENTE USTED SU CASO

los estercoleros. Pero servidor, que quizás también caiga en la tentación de contar algún día las memorias de su infancia, se pregunta si no es mejor mirar hacia adelante, porque el futuro, por mal que se ponga, no puede estar tan lleno de

piojos verdes y de los otros colores como estuvo el pasado. Todos esos libros de memorias van a llegar un poco tarde. Tuvieron más suerte los italianos que hicieron a su tiempo el neorealismo. Ahora, será un poco como cuando vemos «Ladrón de bicicletas» en los cine-club. Nuestros hijos prefieren verle el trasero a la culona a la moda. Nuestro pasado está vacío de nalgas apetitosas y sonrosadas. Nosotros no tuvimos ola de erotismo ni revistas con portadas de cachondas en bikini. Nada de culos al aire. Lo nuestro fue pura mierda. Lo digo con perdón de la mesa. Anda, Luisa, ponme un poco más de «Casera», que me estoy poniendo melancólico. Si yo te contara. Recuerdo que cuando mi padre volvía del frente con el buzo deshecho y las cartucheras vacías...

GENOVEVO DE LA O